



Capítulo dos

MI VECINDARIO ERA UN CAOS TOTAL.

La casa de los Pratt —el hogar de Donovan— queda a dos casas de la nuestra, de modo que toda la calle estaba bloqueada. Me detuve en la esquina y les mostré a los policías quién era. Extraje el documento con manos temblorosas mientras intentaba ver qué estaba sucediendo. Había soñado muchas veces con ese momento, pero en mi versión, Donovan se encontraba en el porche de su casa esperándome, como yo había estado esperándolo a él todos estos años. Mi versión era distinta de la realidad.

Un par de agentes contuvieron a los reporteros, mientras otro me acompañó hasta la puerta, sonrió y se aseguró de que yo hubiera entrado antes de bajar los escalones del porche.

La casa estaba tranquila y en silencio, la antítesis de los repiqueteos de postigos, el griterío de las preguntas y el bullicio de la multitud del otro lado de la puerta. Respiré en medio de la quietud.

—¿Mamá? —llamé.

Pero sabía que no estaba. Ella trabaja medio día en el Departamento de Investigación de la biblioteca y el jueves era el día en que llegaba tarde. Papá tardaría media hora más y, como no sabía qué hacer, me senté en el sofá con el abrigo abotonado hasta el cuello y esperé.

Exactamente treinta minutos después, escuché el lento ascenso de la puerta del garaje, el ingreso del auto de papá y el chirrido de la puerta mientras descendía vibrando hacia el suelo. Luego oí sus pisadas urgentes, los interruptores de luz que se iban encendiendo al atravesar la casa a oscuras en mi búsqueda.

—Aquí dentro —dije cuando pasó de prisa frente a la puerta de la sala de estar.

Regresó por el pasillo, entró en la habitación y se quedó mirándome mientras se rascaba la nuca.

—¿Recibiste los mensajes? Mamá y yo te llamamos varias veces.

Tenía la mirada ligeramente aturdida y la corbata plateada con lunarcitos negros torcida. Se la había regalado el año anterior para el Día del Padre. Él usa todo lo que le compro. Hasta el portalápices deforme que le hice en tercer curso en la clase de Arte se encuentra en el escritorio de su despacho contable.

—Ah, sí —respondí. Creía haber mirado el teléfono una vez para ver la hora y no recordaba haber escuchado que sonase o haber visto llamadas perdidas—. Lo siento, me distraje —señalé la conmoción al otro lado de las cortinas.

—Tienes razón —repuso con una leve sonrisa—. Parece un zoológico allá afuera. ¿Pero qué te parece si desafiamos a los paparazzi y vamos a cenar cuando tu madre regrese? Deberíamos celebrar.

—Ya comí —respondí hundiendo los dedos en los cojines vacíos que se encontraban a ambos lados.

No me di cuenta de que se trataba de una mentira hasta que recordé la sopa de guisantes que nunca había llegado a la mesa. Me pregunté si Jana nos habría llevado el pedido y si se habría enojado porque nos fuimos sin cancelarlo.

—Yo preferiría quedarme aquí —retorcí las manos en el regazo mientras lo miraba—. Quiero ver el canal de las noticias.

Papá tenía demasiada energía. Quería salir. No dejaba de jugar con el cuello de la camisa y de echar miradas hacia la ventana. Sin embargo, volvió a sonreír. Esta vez, su sonrisa fue más amplia.

—Por supuesto, bebida. Tienes razón. Probablemente sea mejor que nos quedemos todos en casa.

Y así nos encontró mamá, sentados uno junto al otro en el sofá de la sala, mirando la misma historia por diferentes canales. Se sentó del otro lado y, cuando nuestras miradas se cruzaron, tuve que apartar la vista al notar sus lágrimas de alegría. Si mamá comenzaba a llorar, yo no podría evitar que mis lágrimas se derramaran otra vez. Puso la mano sobre la mía mientras yo volvía el rostro hacia el televisor.

Donovan Pratt, 17 años, regresó a su casa en Illinois después de cuatro años en cautiverio.

*ÚLTIMAS NOTICIAS: UN JOVEN DE CHICAGO RESCATADO
DESPUÉS DE AÑOS DE ESTAR SECUESTRADO.*

Los lugareños consideran que el regreso del adolescente es un milagro.

Todos los canales realizaban ese tipo de cobertura continua que, después de un rato, hacía que la gente se alejara del televisor diciendo que ya no estaba interesada. Yo absorbí todo, elegí un pequeño compartimento donde almacenar cada uno de los detalles de la información. Las reseñas eran vagas. Todos los noticieros hablaban del abuso, recordaban viejos casos de largos secuestros y de algunos que nunca habían llegado a resolverse. Mencionaron el lugar donde habían encontrado a Donovan: en una cafetería de Las Vegas con la persona que pensaban que lo había tenido secuestrado durante todos estos años. *Unos minutos después de las nueve*, agregó el reportero de cabello grueso y ojos cansados.

Yo estaba en la segunda hora. En Química. Se me cerró la garganta mientras intentaba recordar si había sentido algo durante la clase. Pero no. Había estado distraída, al igual que cualquier otro día de la semana.

Algunos canales mostraban cronogramas para ilustrar su vida. Usaban gráficos sofisticados y colores brillantes, pero todos llegaban a la misma conclusión: trece años en Ashland Hills como un chico normal, cuatro años a merced de un extraño. Por más que esperé mucho, no revelaron la identidad del secuestrador. Todo lo que sabían era que había un sospechoso detenido.

—Deberías irte a la cama —dijo mamá suavemente, alrededor de las once.

La cobertura de la noticia se había ido calmando, salvo en los canales más importantes. A esa altura, ya no había nada nuevo, pero yo temía perderme algo si me iba a dormir. Quería saber quién se lo había llevado y qué le habían hecho.

—Él seguirá estando aquí por la mañana —comentó mamá como si me hubiera leído la mente.

No sé cómo lo hice, pero subí flotando a mi habitación y, a continuación, me encontré bajo las sábanas. Pero no pude dormir. ¿Cómo podía ser que alguien estuviera aquí todos los días durante años y luego desapareciera? ¿Cómo podía marcharse tanto tiempo y después regresar un jueves, como si así lo hubiera tenido planeado desde siempre? *No voy a creer que está realmente aquí hasta que no lo vea*, pensé.

Donovan era valiente. Con ese estilo de hablar primero y pensar después, pero siempre había verdad detrás de sus palabras. Como aquel día durante la clase de Historia en sexto curso. Yo había estado temiendo esa lección durante toda la semana porque estábamos estudiando la Guerra Civil y no había nada peor que ser la única chica negra de la clase el día en que el maestro hablaba sobre la esclavitud.

La mayoría de los días, no pensaba demasiado en eso de ser una novedad en esta ciudad. En Chicago hay mucha segregación racial y en mi pueblo casi todos son blancos. Sin embargo, la gente no me trata como si existiera una gran diferencia ni nada de eso. Llevaba tanto tiempo en la misma escuela que era como si se hubieran olvidado de que mi piel era más oscura hasta

que algo o alguien se los recordaba. Y la charla sobre esclavitud era uno de esos casos. Sucedió de una de estas dos maneras: o el maestro me llamaba porque se suponía que yo debía ser una experta en el tema o me ignoraban y solo se dirigían al resto del aula, a mis compañeros rubios de ojos azules.

Como el Sr. Hammond era de la antigua escuela, se lanzó de lleno en el tema. Mencionó algo acerca de los efectos actuales de las leyes Jim Crow y, después de formular la pregunta, me miró y dijo:

—Theo, ¿tienes algún ejemplo de cómo afectaron esas leyes a ti o a tu familia varias décadas después?

Sentí algunos ojos posados en mí y también otros que trataban de *no* posarse en mí. El aula quedó en silencio y se oyó el rugido del estómago de Macy Wilkins en la fila de adelante. Y por más que lo deseara con todas mis fuerzas, al Sr. Hammond *no* lo tragó la tierra ni se fue volando a un infierno creado para maestros insensibles.

Me quedé sentada intentando pensar la forma de responder sin resultar terriblemente grosera, cuando recordé que ese año yo no era la única persona negra de la clase.

Donovan estaba sentado al otro lado del aula y no tuve que mirarlo para saber que estaba furioso.

Sin embargo, no esperaba que dijera nada.

Antes de que yo lograra abrir la boca para responderle al profesor, Donovan dijo:

—Sr. Hammond, ¿por qué le pregunta a Theo?

Confundido, el maestro desvió la mirada de mi rostro.

—¿Qué has dicho, Donovan?

Le eché un vistazo. Estaba sentado muy erguido en la silla, con los brazos y las manos apoyados tranquilamente en el escritorio. Sus ojos color café estaban entornados; estiraba la barbilla con hoyuelo hacia adelante, de manera que parecía que apuntaba hacia el pizarrón.

—Dije: ¿por qué le pregunta a Theo? Ella no había levantado la mano.

El maestro frunció el ceño.

—¿Acaso *tú* preferirías responder la pregunta?

—No. Creo que ninguno de nosotros debería responder —la voz de Donovan era calma, pero sus ojos lanzaban veneno.

—Muy bien, Donovan —dijo lentamente mientras su rostro se teñía desde el cuello hasta la frente de un fascinante color rojo—. Les pregunto porque quizá podrían ofrecer una... perspectiva exclusiva, ya que sus ancestros se vieron involucrados de manera muy estrecha.

Y ahí fue cuando Donovan perdió la calma.

—Eso es una *estupidez*. ¿Por qué no le pregunta a Joey, a Leo o a cualquiera cuál es *su* perspectiva? —para entonces, estaba apoyado hacia adelante sobre el escritorio, los dedos aferrados al borde como si eso fuera lo único que lo contuviera de verse arrastrado completamente por la furia—. Por lo que yo sé, los ancestros de ellos estuvieron estrechamente involucrados. ¡Y los de usted, también!

Lo enviaron al despacho del director por responder al maestro pero, por la sonrisita que me lanzó mientras salía de la sala, supe que había valido la pena y le

agradecí con un guiño sutil. Durante las clases sobre la Guerra Civil, el Sr. Hammond no volvió a hacernos una sola pregunta a ninguno de los dos.

Donovan era valiente, pero se puede ser valiente durante cierto tiempo. Mientras yacía debajo de las sábanas mirando el techo, no pude dejar de preguntarme si cuatro años no habría sido tiempo suficiente para quebrarlo.

Después del secuestro, me costaba mucho dormir. Me deslizaba en la habitación de mis padres en medio de la noche, y les preguntaba si podía quedarme con ellos.

—¿Qué te pasa, querida? —me inquiría mamá, sentándose en la cama, con la cabellera firmemente envuelta en el pañuelo de seda con el que dormía.

Tenía trece años. Era demasiado grande como para correr a la cama de mis padres en busca de consuelo. No podía decirles que, en el fondo de mi mente, pensaba que, si eso había podido sucederle a alguien tan bueno y agradable como Donovan, también podría sucederme a mí.

Pero ellos nunca me hicieron sentir mal por eso. Papá me decía: “¿No puedes desconectar la mente, verdad?”. Yo asentía y me escurría en la cama, en medio de los dos. La respiración rítmica de mis padres, el olor familiar de la habitación y la calidez de las sábanas me aliviaban de inmediato.

Pero eso había sucedido cuatro años atrás y ahora Donovan había regresado. No había motivo para tener miedo, a menos que pensara en quién se lo había llevado y, aun así, no importaba, porque esa persona estaba

detenida. Durante todos estos años, había pensado mucho en ese sujeto. ¿Sería hombre o mujer? ¿Joven o viejo? ¿Negro como Donovan y yo o blanco como casi todos los habitantes de este pueblo? Pensé en las páginas y páginas que existían en Chicago de agresores sexuales registrados online, y que la mayoría no tenía nada en común salvo el deseo de herir a los demás.

Dormí un ratito pero me desperté alrededor de las dos de la mañana. Tenía que ir al baño. Me quedé sentada allí pensando si las últimas horas no habrían sido un sueño. Quizá me había sentado en la mesa del fondo de Casablanca y terminado mi tarea de Química mientras Phil estudiaba Trigonometría y Sara-Kate trabajaba en el poema para Literatura. Quizás había comido la sopa desabrida de guisantes y, después de todo, quizá Donovan no se encontraba a pocos metros de distancia.

Cuando salí de la habitación, mi madre se hallaba en el pasillo.

—Mami —no la había llamado así desde que era muy pequeña—. Mami, ¿de veras lo encontraron?

Se acercó a mí y nos abrazamos. Mi nariz quedó apretada contra el pliegue de su axila; ella apoyó la mejilla arriba de mi cabeza.

—Sí —me dijo al oído, la voz soñolienta pero satisfecha—. Regresó.